

Rayuela y mandala

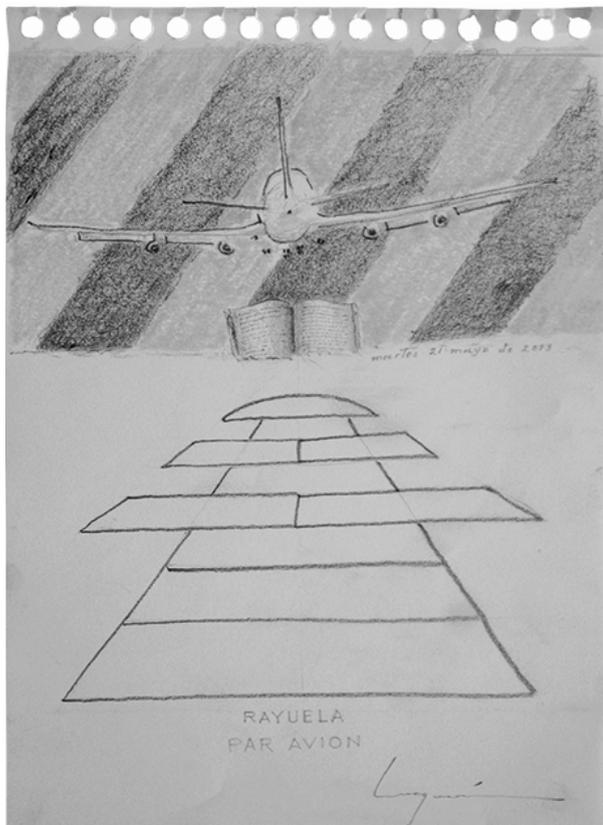
Teresa del Conde

Algunos leímos la novela cuando recién apareció publicada, sin entender su estructura, buscando por cuenta propia armar una trama accidentada que admite una multitud de elementos ajenos. Después, pasado el tiempo y ya con lecturas de James Joyce asimiladas en la medida de lo posible, varios leímos *Rayuela* sin pretender en lo más mínimo analizarla porque eso es tarea ¡y ardua! para los críticos literarios y para los expertos. Pero el lector —siempre que merezca ese nombre, es decir, siempre que sea adicto a la lectura— encuentra un deleite especial en la descripción de los personajes, en las imágenes visuales —por cierto, no pocas tienen urdimbre dadaísta: “un cochecito de niño lleno de periódicos viejos”, “una muñeca sin cabeza” o “una sonrisa de gato de Cheshire” sin gato, obvia alusión al pastor Dodgson (Lewis Carroll), a quien Cortázar y todos los surrealistas e innovadores del lenguaje veneraron y siguen venerando.

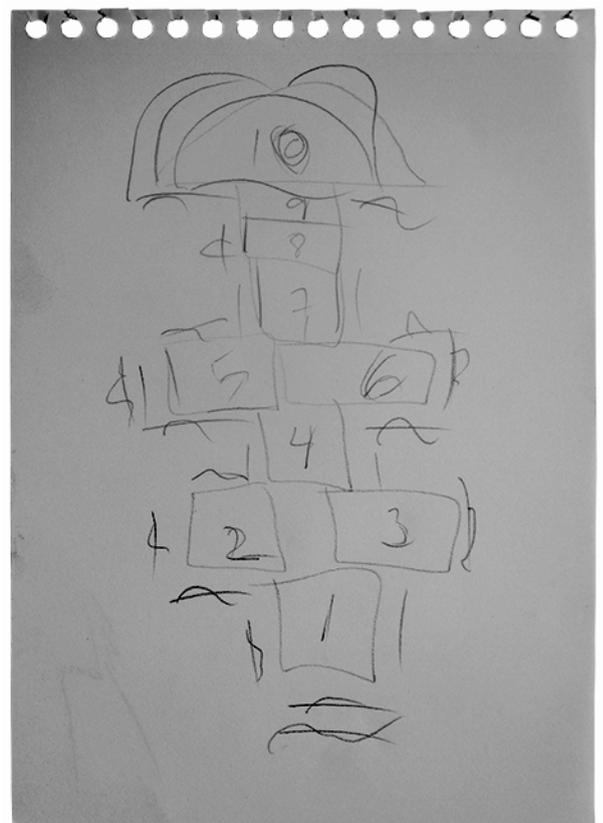
La enorme erudición del autor abarca no sólo la literatura, sino señaladamente la música y la pintura, con

hartos atisbos filosóficos, pues hasta Wittgenstein está presente —como lingüista, claro—. No tengo un índice de nombres a la mano, pero puedo asegurar que por ahí asoman pintores como Giotto y Cimabue, Klee, Mondrian, Schwitters, Pollock y Mark Tobey. No recuerdo ahora a mexicanos, con excepción de Leonora Carrington, que fue inglesa y mexicana al mismo tiempo. Eso, además de los trayectos por París que continuamente señala Cortázar en varios capítulos. Mi predilecto al respecto es uno sumamente cómico: la asistencia casual de Horacio Oliveira, en medio de un diluvio, al recital de piano de madame Berthe Trépat. El humor, con frecuencia negro, es otra de las características de *Rayuela*.

En el ambiente de esta novela se yuxtaponen diferentes experiencias pasadas y presentes; algunas tienen la tónica de evocaciones, otras son memorias inventadas. Hay un simbolismo que el propio Cortázar admitió. Para él, *rayuela* y *mandala* eran formaciones equivalentes porque cuadro, círculo o dibujo divididos en



Antonio Luquin



Beatriz Ezban

sectores, compartimentos o casillas son “como la rayuela” y, por tanto, remiten a la noción de juego. Fuera de ese espacio no hay contenido.

Por eso los curadores de esta exposición convocaron a 55 artistas, jugaron con sus nombres sorteando las casillas y los reunieron en los espacios de cinco rayuelas, en un tránsito que va desde la Tierra, la primera, al Cielo.

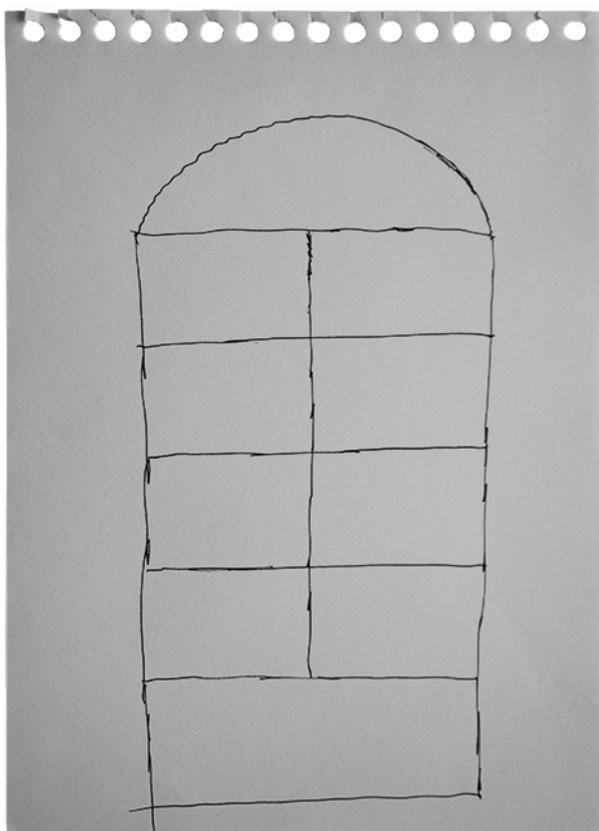
He podido ver en formato digital una buena parte de las reproducciones fotográficas de las obras entregadas por los artistas. En ningún caso se trata de ilustraciones. No vendría al caso o sería objeto de un proyecto distinto. Los artistas pusieron en su bastidor-casilla lo que suelen hacer en lo cotidiano, lo que los ha hecho ser ellos mismos con las múltiples variantes que cada trayectoria les ha ido presentando o señalando; o tal vez trabajaron acorde a alguna de las etapas de su producción que los hace perfectamente reconocibles. Esto ocurre, por ejemplo, con Vicente Rojo y con Roger von Gunten, ambos pertenecientes a una camada que identificamos con la mal llamada “Ruptura”, es decir, con una generación en cierto modo cercana a la de Cortázar. Participan varios artistas de la generación subsecuente, como Santiago Rebolledo, que se volvió oaxaqueño, o como Gabriel Macotela y Alberto Castro Leñero; también otros de las generaciones que les siguieron, como Claudia Gallegos: en su obra detecto una alusión a los peces, el laberinto y el agua que componen una de las escenas de la novela. Observo además la referencia a los signos del ambiente otoñal que propone Lorena

Camarena, o el enunciado de Gustavo Monroy “toco tu boca” que, hasta donde la memoria me da, pertenece al ámbito del manicomio, recinto en el que los asilados se encuentran vestidos con atuendos color rosa, situación que tal vez rememoró Beatriz Ezban, cuya obra ocupa una casilla número siete. Éste fue el recurso que algunos utilizaron, me imagino, una vez que les fue asignada su casilla, como ocurre con Barry Wolfryd y el número ocho.

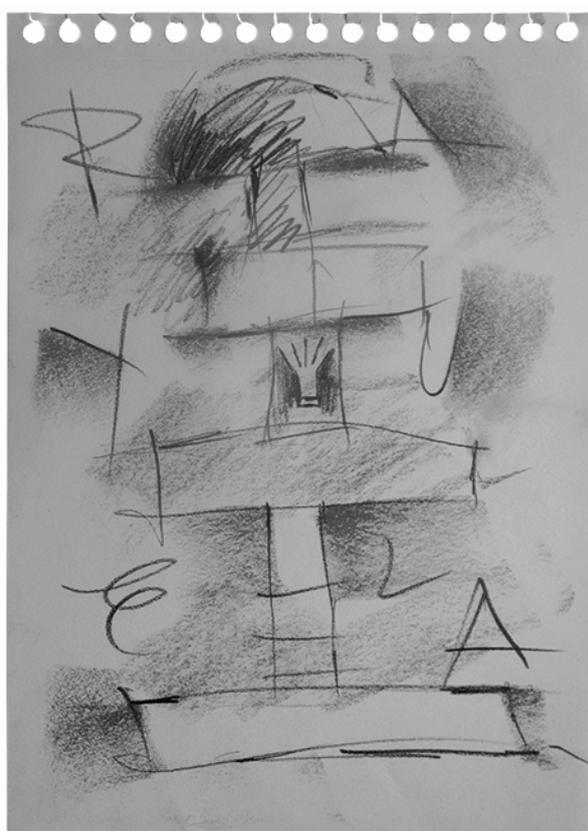
Resulta lógico que Jazzamoart (Javier Vázquez Estupiñán), recurriendo a sí mismo, haya propuesto un ambiente musical-pictórico con variantes tipo jazz, porque la música —y sobre todo el jazz, con los principales intérpretes del momento— está presente en varios capítulos de la novela. También se me antoja pensar que Ilse Gradwohl encontró oportuno referirse a *El velo de Maya*, que asimismo tiene su incursión, o que Boris Viskin ofrezca un texto pintado acuciosamente en su soporte.

Quien vea estas rayuelas plásticas sacará sus propias conclusiones y asociaciones, que pueden o no ser verosímiles. Hay trabajos pulidos y otros que considero “de primera mano”. Como antes anoté, unos y otros parecen “representar” una de las modalidades que practica el autor en cuestión.

Cada artista fue objeto de un formidable retrato tomado por Rogelio Cuéllar. He visto la mayoría y están cargados de idiosincrasia. En sí arman otro rubro importante de este ambicioso y a la vez atractivo proyecto.



Roger von Gunten



Juan Manuel de la Rosa